

Carta a Vaclav Havel

Dos años atrás llegué al castillo de Schamburg, en Alemania occidental. Un viaje que obedecía a extrañas circunstancias, o por lo menos a motivos nada comunes y, para mí en ese entonces, casi delirantes. Estaba invitado por la Societe Imaginaire que Batuz presidía y acababa de fundar. De alguna manera se me antojaba algo así como el ritual de incorporación a una sociedad secreta. Una sociedad secreta que no existía y sin embargo me convocaba. Una sociedad flotante en lo fantástico y que en esa época, en el sentido más lato del término, imaginaria. El ritual todavía incierto oscilaba entre la realidad y el sueño. Establecía la reunión fraternal de gente desconocida entre sí. Pensaba en una orden de caballería visionaria o en una vasta conspiración que se proponía abarcar todo el planeta y cuya finalidad era insólita: reunir en ese castillo feudal de las nubes, en lo alto de una colina celosamente guardada por el bosque donde la Bella Durmiente vagaba entre los árboles, a un pequeño grupo de escritores y artistas procedentes unos de Europa Central y otros de Latinoamérica. Para establecer un vínculo entre los intelectuales de esos países que Batuz llama "perisféricos", casi exóticos los unos para los otros, una confusión de nombres de ciudades, ríos, montañas, fragmentos de noticias o trozos de postales perdidos entre fronteras vagabundas.

En esa primera experiencia de la "Societe Imaginaire" íbamos de Argentina una artista plástica, otro escritor y yo. Michel Butor llegaría de Francia. Dos novelistas con sus mujeres procedían de Hungría. De Checoslovaquia estaba invitado Vaclav Havel.

Lo esperábamos con gran expectativa. No llegó. En su lugar Batuz nos leyó el mensaje que acababa de recibir. A Havel le estaba prohibido salir de su país. De intentarlo lo detendrían en la frontera, podría ir a la cárcel o ser privado de su pasaporte.

Ahora nos damos cuenta de que la "Societé Imaginaire" cumplió sin embargo su cometido. Entonces teníamos vagas referencias ^{de} su obra literaria. Conocíamos sí su lucha por la libertad y los derechos humanos. Pero ninguna de sus obras se divulgaba en español. Batuz nos acercó un texto conmovedor, dirigido a lo más vivo de la conciencia contemporánea: su discurso titulado "Una palabra sobre

palabra", escrito en ocasión de recibir el premio que le otorgaron los editores alemanes.

En Hispanoamérica ese texto -que considero tal vez uno de los más importantes discursos del año- era totalmente desconocido. La defensa y la significación de la palabra ha sido siempre, en especial para nosotros, escritores y poetas, el foco central de la realidad del espíritu y nuestro material de creación. En su texto usted le da una proyección social, todo un desarrollo que de algún modo, con emocionante lucidez predecía los extraordinarios cambios producidos en los países de Europa Central. Una invocación a la verdad esencial del hombre, a la verdad como condición absoluta de la libertad en todos los planos y estructuras de la sociedad.

La "Societe Imaginaire" nos ha puesto así en comunicación con la idea rectora de su creación. Nos ha permitido tenerla presente en toda su vibrante energía y ha creado entre nosotros un vínculo espiritual.

Después de recorrer ocho países Batuz logró por fin la versión española de "Una palabra sobre la palabra" y la posibilidad de ponerla al alcance de treinta millones de personas que hablan ese idioma. En México, en el Instituto Gohete, prometieron hacer la traducción para entregarla a José Donoso y Jorge Edwards en Chile. Luego comunicaron la imposibilidad de hacerla por carecer de medios y tiempo. Finalmente en Buenos Aires, otro miembro de la "Societé Imaginaire", Norberto Silveti Paz, traductor del Fausto y de Holderlin, realizó esa tarea.

Como dije, en toda América latina ese texto era ignorado. El exceso de información destruye al mismo tiempo lo esencial de la información. Todo se pone al mismo nivel y siempre se nivela por lo bajo. Conocemos a fondo la calidad futbolística de Checoslovaquia. Pero ignoramos muchos de los nombres más significativos de su cultura. Y viceversa. La "Societé Imaginaire", en la medida de sus medios propone llenar ese vacío. Por su intermedio ahora "Una palabra sobre la palabra" será difundida en nuestra América, a comenzar por periódicos de Argentina.

Los Argentinos reunidos en Schamburg, desde ese momento, lo sentimos mas cerca, diríamos que llegamos a conocerlo mucho antes de que su nombre se difundiera mundialmente por su acceso a la presidencia de su país, que tanto celebramos. Paradójicamente la "Societé imaginaire" condiciona la lejanía como elemento fundamental de reconocimiento y vinculación. La lejanía será la que nos reunirá

desde toda periferia. La lejanía nos acerca y nos hermana.

Como poeta es natural que apele al contenido mágico y trascendente de la palabra. A la múltiple significación de cada término, sus correspondencias con todos los elementos del universo. Pero esa multiplicidad de radiaciones de la palabra poética no puede nunca ser falsa ni la máscara de ninguna ideología. La auténtica palabra poética es incandescente, una búsqueda siempre desesperada de la verdad esencial de nuestra condición y del mundo en que vivimos, este adorable y terrible planeta llamado Tierra.

Sólo la existencia, ya real y cumplida de la "Société Imaginaire" me ha dado esta insólita posibilidad de comunicarme con usted de una manera casi personal. Por otra parte pienso también que la poesía recoge todos los mensajes de naufrago dispersos por el mundo y es ahora la que me permite hacerle una señal desde tan lejos, y expresarle mi admiración y mi reconocimiento por su mensaje de alerta hacia la dignidad y la verdad humana.

Reciba usted mis más entrañables votos de felicidad y el de mis compañeros de la "Société Imaginaire" que contra toda lógica existe sin fronteras, entre todas las fronteras. Y todos nos alegramos de que la Primavera ya tenga una eterna mansión en Praga.

Enrique Molina